

Quiero confesarle señor William Shakespeare que el aplauso que acaba usted de recibir es el de mayor duración y el más cálido y eso que ya han pasado por este lugar gente de nombre como Dante Alighieri, Miguel de Cervantes, Selma Lagerloff y tantos otros. Personas que nos han permitido disfrutar la vida a sus lectores, a sus espectadores, a sus admiradores. A todos nuestros invitados se les ha otorgado algún presente que pensamos fuera de su agrado o de alguna utilidad para su trabajo literario. A Dante se le concedió regresar con su amada Beatriz, a Miguel de Cervantes se le construyó el mayor monumento de España, mucho mayor que el que se hizo Franco en el Valle de los Caídos. A nuestra querida Selma se le permitió volar junto con sus aves a través de todos los países nórdicos. Ahora que usted fue el invitado tuvimos cientos de propuestas para honrarlo como se merece: teatros y compañías que lleven su nombre, bautizar a una importante ciudad inglesa con su apellido, nombrarlo el padre del teatro actual mundial. Estudiamos y estudiamos sus obras, buscamos datos biográficos por todo el mundo, preguntamos a los que saben. La única conclusión que encontramos es que usted disfrutaba enormemente trabajando, que lo podía hacer de mañana, tarde y noche, lo mismo escribía en su hogar que en la calle o hasta viajando. Cómo batalló con esto. A todos lados debía llevar grandes plumas, tinteros, papelería, secantes, archivos para guardar el material por miedo que el clima lo maltratase. A uno de nosotros, no fui yo por desgracia, que más me hubiera gustado, fue el que propuso que por qué no le regaláramos una computadora con todo lo más moderno y, claro, un manual para que la aprenda a usar. Si escribió tantas obras sin computadora con ella podrá escribir el doble o el triple para no pensar en múltiples mayores. La que le estoy entregando es una laptop para que pueda viajar con ella por todo el mundo. Tiene, por supuesto, integrado el Internet y todos los demás programas que existen. Sabemos que lo va a disfrutar usted enormemente y que nos dará, en poco tiempo alguno otra obra tan importante como cualquiera de las de usted. Personalmente, ya que soy romántico, prefiero Romeo y Julieta, pero igual me conmueven su Hamlet o cualquier otra. Todas son perfectas. No le dije, pues viene en el manual, que su computadora tiene una carga atómica que le ahorra a usted llevar pilas o otros elementos que lo puedan estorbar.

El aparato que le entregaron a William era en efecto uno muy moderno y elegante. Su tapa tenía una capa de oro y sobre ella aparecía el nombre en relieve del autor. William la vio y no supo que hacer con ella, era la primera vez en su vida que se enfrentaba a esta tecnología. Ya en su hotel, con gran curiosidad, abrió la tapa, de un lado aparecía las letras del alfabeto y números además de otros signos que desconocía. Apretó un botón y no sucedió nada, después otro y tampoco nada. De repente la pantalla se iluminó, cosa que lo asustó. Más lo asustó el ver en ella una bella flor y a lado de ella pequeños cuadros con dibujos y letras. Siguió, como un niño al que se le da un nuevo juguete, apretando todo. Llegó a la conclusión que era algo de magia lo que le habían regalado. Al principio probó el hacerla funcionar con miedo, lo que conseguía al teclear botones. pero poco a poco se puso a disfrutar. Uno de ellos lo hacía oír música rara, otro mostraba imágenes de países, de lugares. Todo a color, como si él estuviera viéndolo directamente, sólo que todo era muy pequeño. Apretaba otro botón y aparecían letras, escritos, versos. En segundos desaparecían unos para aparecer otros. Qué maravilla, se dijo. Este aparato tiene que aparecer en alguna de mis nuevas obras de teatro.

Horas estuvo frente a la pantalla, sorprendiéndose cada vez que aparecía algo nuevo. Estudió el manual y con él ya pudo hacer otras cosas como ver el youtube. Ahí vio a grandes orquestas, escuchó y vio arias de ópera muy bien cantadas, se rió con gente que se caía en la calle o en los charcos.

Por supuesto que intentó escribir, lo hizo con muchísima dificultad, no entendía la distribución de las letras pues no estaban en orden alfabético, sino que la q tenía por vecina a la w y después a la e. Los números sí estaban bien colocados. Del uno seguía el dos y luego el tres. Llegó después de muchos intentos a escribir una bella frase que le gustó mucho, mucho más que las que había escrito últimamente. Cómo todo lo suyo estaba escrita en verso. Sonrió ampliamente. Apretó un botón y la frase desapareció. Inútil cuanto hizo para volver a ver, para aprendérsela aunque fuera de memoria pues no tenía su pluma para escribirla con la tinta negra. Golpeó la computadora y nada.

Guardó el aparato en una maleta de piel pues sentía que tenía valor económico, si de verdad era de oro como parecía debía de costar mucho. Días después la volvió a poner sobre su mesa, nuevamente apretó botones y del mismo modo que la vez anterior fueron apareciendo textos, imágenes sonidos. Sólo que esta vez, sin saber cómo, aparecieron no una sino cientos de imágenes de hombres y mujeres desnudos haciendo procazmente el amor. Lo mismo lo hacían hombres con mujeres, que hombres con

hombres y mujeres con mujeres. Después aparecieron otros que tenían relaciones con perros, con borregos, con otros animales. No podía creer lo que le mostraban sus ojos, hombres y mujeres desnudos, atados, a los que golpeaban una y otra vez y que disfrutaban enormemente de esto. Nervioso apretó botones y más botones. Desaparecieron las imágenes pornográficas para dar lugar a imágenes de torturas, de vicios, de crueldad con seres vivos, ya sean estos animales u otros seres humanos. Vio guerras, violencia, discriminación, pobreza y muchos mayores desastres. Cualquier obra mía queda corta con lo que ven mis ojos, se dijo aprensivo. Ahora tenía la seguridad que el aparato no era un aparato mágico sino que era un aparato maligno, infernal.

Al arrojarlo a la chimenea donde ardían varios troncos pues hacía mucho frío, y sobre todo al verlo retorcerse por el calor, pudo al fin descansar. En mi siguiente obra regreso con mis brujas como las de Macbeth, se dijo. Esas son mucho mejores que esta pinche caja de mierda que me regalaron.

Tomás Urtusástegui

Marzo 2008